
Alternativas pastorales para la presencia y ejercicio de los saberes y profesiones en la nueva evangelización

*Alfonso Rincón G.**

El propósito de la reflexión que iniciamos es señalar algunos aspectos y caminos, que pueden adoptarse en el medio universitario, para lograr, por una parte, que los saberes, las disciplinas y las profesiones se sientan impactados por la nueva evangelización, y por otra, que la nueva evangelización se sienta enriquecida por los saberes, las disciplinas y las profesiones, realidades que se mueven fundamentalmente en el ámbito universitario.

1. La nueva evangelización

Existen ciertos términos o expresiones que no se manejan de la misma manera y con la misma frecuencia en los diferentes ambientes universitarios. Cuando se habla, por ejemplo, de "nueva evangelización", en medios diversos de la universidad católica, puede aflorar la inquietud de que se trata de una nueva cruzada, de una nueva actividad de la Iglesia, para recuperar algunas cosas que se han perdido con el trabajo de hacer tomar conciencia de lo que esto significa.

Sabemos que desde 1965 toda la reflexión postconciliar se ha ocupado de la evangelización. En 1975 Pablo VI retoma y coordina los trabajos del Sínodo Episcopal de 1974 en la Exhortación apostólica sobre la evangelización del mundo contemporáneo. "Evangelii Nuntiandi", comunicada a toda la Iglesia, al finalizar el Año Santo, para dirigir el fervor de los cristianos hacia un esfuerzo de renovación y de evangelización (cf "Evangelii Nuntiandi" - EN 2).

Un esfuerzo metódico e intenso, como lo afirma el Papa, tiene que comprenderse dentro de

* Licenciado en Teología Universidad Javeriana. Licenciado en Sagrada Escritura, Instituto Bíblico de Roma. Doctor en Filosofía, Universidad Laval, Canadá. Profesor de Filosofía, Universidad Nacional de Colombia.

la vitalidad del cuerpo eclesial, en donde germinó y tenía que dar sus frutos (cf EN 1; 14-16).

Con ocasión de la Conferencia del Celam en Puerto Príncipe, en 1983, el Papa Juan Pablo II habló de la necesidad de una nueva evangelización. Diez años después de la “*Evangelii Nuntiandi*” el mismo Juan Pablo II, en la Encíclica “*Slavorum Apostoli*,”¹ con ocasión del undécimo centenario de la evangelización de los pueblos eslavos por los santos Cirilo y Metodio, copatronos de Europa, ilustró la dinámica apasionante del Vaticano II. Presentó a estos santos, como verdaderos modelos para todos los misioneros. Consideraba que habían enriquecido la cultura local con el Evangelio y a la Iglesia con el aporte de esa cultura (cf “*Slavorum Apostoli*” - SA 21).

Para Juan Pablo II la “evangelización” consiste en *humanizar* a los hombres en profundidad, por la interacción entre los valores de su cultura y la dinámica propia del Evangelio (cf SA 18 y 19). Evangelizar es promover la dignidad humana de los hijos de Dios, no sólo por el desarrollo y la justicia, sino por una presencia del Evangelio en la cultura, que es producto de los mismos hombres y que los determina (cf SA 21).

En consecuencia la temática de la “nueva evangelización” es algo conocido en América Latina y en los demás continentes. En todas partes la Iglesia está empeñada en proponer de un modo nuevo a los hombres la enseñanza de Jesús, que es buena noticia y en decir que es noticia buena para el hombre.

2. Contexto particular: La “Universidad Católica”

Para algunos escritores y filósofos, como Bertrand Russell, la expresión “universidad católica” implica una contradicción en los términos. Hablar de universidad y católica era imposible, al menos en su época. La historia, ciertamente, está llena de choques, nacidos en la universidad y el mundo intelectual, entre la expresión tradicional de la fe cristiana y el esfuerzo académico de los investigadores, que descifran lo desconocido. El diálogo de la ciencia y de la fe ha sido siempre conflictivo. Ahora bien, la universidad católica, digna de ese nombre, debe ser ante todo una verdadera universidad. Al fin y al cabo la universidad fue un producto de la cristiandad, aun cuando en Bizancio y el mundo islámico también tenemos algunas otras muestras de este tipo de formación y educación. Pero la universidad nuestra es tributaria del mundo medieval, en el cual tuvo su origen.

La universidad debe representar un servicio a la Iglesia y a la sociedad. Estos dos puntos son fundamentales, al mirar qué es la universidad católica. Durante varias décadas ésta ha estado buscando precisar su especificidad y sus notas distintivas.

1. Cf *Ecclesia*. Vol. 45, No. 2229 (13 julio 1985) p. 8-22.

Ha desempeñado varias funciones, que numerosos documentos han subrayado:

1. La función de *subsidiariedad*, como muchas otras actividades, que en otro tiempo ha realizado la Iglesia frente a las limitaciones y deficiencias del Estado.
2. La función *social* de servicio a los más necesitados en algunas partes.
3. La función *pastoral* de transmisión de la fe católica.

Con todo su verdadera y más profunda justificación es la de prestar un servicio a la sociedad global y a la Iglesia. Por eso mismo la universidad se convierte en un lugar privilegiado del diálogo Iglesia-mundo, porque allí las ciencias, la cultura, la civilización se hallan en un permanente crecimiento y desarrollo. La Iglesia, se decía en todos los trabajos de estas últimas décadas, debe comprender, discernir e integrar sin cesar valores y conocimientos nuevos. La misión propia de la universidad católica es la de favorecer una síntesis entre la fe y el conocimiento que pueda servir de base a la elaboración de modos de pensamiento y de acción inspirados por el Evangelio.

Desde el Concilio Vaticano II han sido muchos los documentos escritos y los esfuerzos realizados por aclarar el papel de la universidad católica y de la educación católica en general (“*Dei Verbum*”, “*Lumen Gentium*”, “*Gaudium et Spes*”, “*Gravissimum Educationis*” ofrecen orientaciones importantes). Los trabajos de algunos teólogos y filósofos, por ejemplo los de Ladrière y de profesores de la Universidad de Lovaina y de la Federación Internacional de Universidades Católicas trataron de ofrecer una especie de carta magna de la universidad católica durante todos estos años.

Ya desde 1972 el documento final del Segundo Congreso de delegados de las universidades católicas, realizado en Roma, se convirtió en referencia fundamental. En 1979 el Papa Juan Pablo II confió a la Congregación para la Educación Católica el encargo de elaborar un documento pontificio sobre las universidades. La Congregación realizó un esbozo y lo comunicó en 1985 a todas las universidades católicas. Este documento suscitó severas críticas y reservas y alguna oposición en diferentes sectores de la Iglesia.

Dada la diversidad fundamental de las instituciones universitarias, se produjo cierto malestar inicial, ante una Constitución Apostólica, que pretendiera ser algo más que una carta de orientación y se presentara como un documento jurídico muy preciso y de aplicación universal. Las responsabilidades de las universidades y del magisterio eclesial tienen que ser complementarias y mucho más en el mundo, al cual me referiré después. El magisterio protege la integridad y la unidad de la fe y de la moral. La universidad católica favorece el crecimiento y la actualización de la tradición en un mundo trabajado por problemas y preguntas que son nuevas.

El 15 de agosto de 1990 el Papa Juan Pablo II promulgó la Constitución Apostólica “*Ex corde Ecclesiae*” sobre las universidades católicas que, a partir de 1991 se convierte en carta magna de las universidades católicas del mundo.

Ante el tema que nos proponemos considerar, debemos tener en cuenta dos elementos: la nueva evangelización, como tarea y como perspectiva, y la universidad católica, como uno de los contextos dentro de los cuales se plantea el problema de la nueva evangelización.

3. Un mundo de saberes y actores múltiples

Ahora bien, se impone mirar un poco el *contexto*, en el cual se da esta nueva evangelización, y el contexto y clima cultural y social, dentro del cual la universidad ejerce su función académica, social y pastoral.

Es conveniente hacer algunas alusiones también a la historia y particularmente a la que hemos vivido en las décadas del 70 y del 80.

Quienes hemos tenido la oportunidad de vivir la mayor parte de la vida en el medio universitario, hemos podido observar los cambios considerables que se han dado en los últimos decenios. Hemos sido testigos de la euforia despertada por el Concilio Vaticano II y del interés que produjo, en un momento dado, en las universidades del Estado. Luego la reunión de los obispos latinoamericanos en Medellín (1968), las ideas manifestadas a través de la actividad y de los escritos de Camilo Torres tuvieron una repercusión ciertamente en estas universidades, particularmente en la Universidad Nacional.

El surgimiento de las ideologías socialistas en América Latina; el atractivo provocado por la revolución cubana y por figuras, como la de Hélder Cámara, Camilo Torres, Martin Luter King, Juan XXIII, el Papa Pablo VI de los primeros años de pontificado; el florecimiento de la Teología de la Liberación; la fuerza de los movimientos estudiantiles católicos, principalmente en los países del sur del continente (Uruguay, Argentina, Brasil y Chile); las revoluciones estudiantiles de mayo de 1968 en París; la revueltas en los Estados Unidos por la misma época; las figuras que se destacaban en el campo de la filosofía, particularmente las de la Escuela de Frankfurt; la canción protesta en sus múltiples formas, las canciones y el mundo de los Beatles y otros expresaban toda una ebullición característica de esas décadas.

Por otra parte se producía una sacudida de fuerzas, provocada por la represión desencadenada por las derechas, tanto en el campo político como en el eclesiástico. Vivimos una universidad, particularmente la pública, que recorrió con una rapidez asombrosa etapas muy diversas: el existencialismo, los estructuralismos, el marxismo en sus múltiples rostros, el maoísmo, la presencia de corrientes filosóficas, como la fenomenología, el positivismo y la filosofía analítica.

Fuimos testigos del compromiso de numerosos estudiantes universitarios en el medio de los oprimidos, en la guerrilla, en la lucha sindical y política. Algunos murieron en el proceso; otros sobrevivieron, llevando en su espíritu las huellas indelebles de heridas profundas; otros, fatigados y escépticos, adoptaron el camino de la rendición y la entrega.

Vivimos, en medio de muchas confusiones y problemas, un período en el que se dio un valor a la utopía y a la creencia en las ideologías. La época, en la cual nos movimos durante los años 70 y 80 y hasta hace muy poco inclusive, presuponía la creencia de que hay una dimensión unitaria del ser, que podía dar una conciencia religiosa, una conciencia política, una ideología o una universidad; una dimensión unitaria de la especie y de la historia humana, una lectura de la historia en términos religiosos o laicos, pero una lectura unitaria y lineal.

La humanidad, entendida individual y colectivamente, se consideraba perfectible y de lo que se trataba era de mejorarla, ya que mediante el arte, la política, la educación, la tecnología y la economía no sólo se podía, sino que había que hacerlo y en ello se tenía que condensar el sentido ético de ese avance de la historia. Se daban movimientos mesiánicos, tanto en el contexto religioso-católico como en el laico-político.

Podemos discutir el nombre concreto que se le dé a ese esquema mental, según cada una de las ideologías. Vamos hacia una evolución más o menos natural de las cosas; hacia un desarrollo económico, personal y social. Este movimiento podría llamarse también acceso a las nuevas tecnologías, progreso, revolución o autorrealización. Es posible y necesario ir más allá. En el fondo en el esquema de estas décadas, no sólo en Europa, sino también entre nosotros se expresa un cambio cualitativo considerable, provocado en nuestra sociedad. Existe una fe en el progreso y un sujeto que protagoniza la historia y le da sentido y que puede ser llamado de muchas maneras, según la manera de pensar y la ideología de cada cual: el hombre nuevo, el individuo autónomo, la clase portadora de futuro para todos, la nación, el pueblo o los núcleos populares, la humanidad. En una palabra, se da *un hombre nuevo*. Es realidad nueva, expresada también de múltiples maneras en la literatura y en las canciones. No importa el nombre, porque lo fundamental es que hay que elegir aquel sujeto histórico, que nos convoca a inscribirnos en la gran marcha de la historia.

Con el Concilio Vaticano II y sus categorías nuevas pensamos que entró lo que se llamó el "pensamiento de la modernidad". Apenas después del Concilio, en cierta manera empezamos a familiarizarnos con un lenguaje que había sido producido en la época de la Ilustración, contra la cual se había luchado notablemente dentro de la Iglesia. De pronto ciertas categorías de ese mundo de la modernidad formaron parte de nuestro mundo mental y de nuestro universo personal y colectivo.

La mayoría de edad, la realización, la posibilidad de decir la propia palabra fueron nociones y expresiones que entraron, de modo connatural, en nuestro lenguaje cotidiano. La razón y la racionalidad habían empezado a ocupar un lugar significativo en nuestra acción y en nuestras decisiones.

La ciencia y la tecnología se convirtieron en expresiones auténticas y acabadas de la gran corriente racionalista, que había venido de la antigüedad, pero que desde Galileo y con la ciencia moderna se había desarrollado más.

Desde la reforma luterana, que reivindicó con vehemencia la conciencia individual, y a partir de Rousseau, quien consideró las necesidades del pueblo como criterio político-social fundamental, se fue fraguando una concepción de lo moderno, en la que el individuo y la razón se sienten soberanos.

Nos hallamos, entonces, frente a lo que se ha solido llamar la “modernidad”. El hombre se convierte en la única medida y fundamento de todos los valores; el conocimiento racional y científico se vuelve fuente de un bienestar indefinido; la economía, debidamente racionalizada y desarrollada, se hace la base de una sociedad feliz y la religión queda marginada en el ámbito de la intimidad. Importantes conceptos del pensamiento occidental, tales como: razón, libertad, justicia, solidaridad y progreso ocupan el primer plano, después de ser desacralizados.

La ciencia y la tecnología crean un nuevo tipo de cultura y de civilización, que se apoya en nuevos valores: la racionalidad, la verificación y la eficacia son los criterios que están presentes en la universidad. Se produce lo que se dio en llamar el desencantamiento del mundo.

El proceso de la modernidad implicó así una transformación del mundo, producida por las innovaciones tecnológicas de estos últimos años; primero en Europa y después, con rapidez creciente, en todos los otros continentes.

Las principales fuerzas propulsoras del proceso de modernización han sido, sin duda, las tecnológicas, aunque es preciso tener en cuenta, además, las fuerzas sociales, políticas e ideológicas.

Sin embargo, los frutos de esta modernidad, a la cual en la Iglesia Católica entramos muy tarde, habían comenzado a ser pronto objeto de severa crítica y despiadado análisis en el mundo “ajeno” a la Iglesia. La hegemonía del individuo había desembocado en el predominio de los intereses de la burguesía y, si bien es cierto que el crecimiento económico había traído consigo la revolución industrial, también lo es el hecho de que la concentración urbana, el mercado y la racionalización administrativa estimulaban la tendencia hacia un desarrollo medio, según los criterios del tener, que convierten al hombre en productor-consumidor.

En efecto, el paradigma ilustrado del sujeto y de la razón se orienta hacia la instrumentalidad y el productivismo; hacia el número; hacia los intereses de una clase social dentro de la lógica de lo económico. Se ha hablado del fin de la historia, en el sentido de que ciertas dimensiones, como son el mundo de lo imaginario y de la fantasía, van cediendo su lugar al mundo de la racionalidad económica del neoliberalismo económico y del neoconservadurismo ideológico.

Todo esto hizo que también la filosofía del sujeto y de la conciencia fuese sometida

despiadadamente a crítica. No obstante las válidas críticas de muchos pensadores, es indudable que la revolución industrial, nacida de la ciencia y de la técnica, originó un vertiginoso progreso, extensivo a casi todos los campos de la actividad humana con profundas repercusiones en el ser humano. Gracias a la ciencia el hombre puede prever, controlar y explicar fenómenos y procesos que en otro tiempo fueron considerados misteriosos y enigmáticos; por medio de la técnica puede dominar las imposiciones de la naturaleza y del medio, hasta conseguir hacerlos habitables, o puede arrasar el medio físico, como lo han mostrado los numerosos estudios de ecología, que se han realizado.

El progreso cuantitativo ha hecho posible que un mayor número de individuos se acerquen a los medios de la cultura, logrando así que lo que otrora era patrimonio exclusivo de pocos esté hoy más al alcance de amplios sectores.

Debido a los grandes descubrimientos científicos el hombre moderno, más como posibilidad ciertamente, que como logro efectivo para todos, ha obtenido resultados que apenas si había soñado.

Cuando comparamos con épocas anteriores, la prolongación de la vida en nuestro tiempo es mucho mayor, como también se ha disminuido la mortalidad infantil, en términos generales; se han eliminado muchas enfermedades fatales y se han vencido multitud de incapacidades; se ha ampliado la exploración del mar y del espacio. Hoy el hombre dispone de una serie de recursos, que, empleados racionalmente, pueden hacer la vida más digna, llevadera y bella sobre la tierra.

En efecto, es palpable el progreso en la tecnología de la vivienda, del transporte y de la comunicación, aunque ésta última en particular plantea problemas considerables a los marcos ideológicos, dentro de los cuales se organiza y se construye la sociedad. La revolución tecnológica es el mundo, en el cual se vive en las universidades hoy. Las reuniones, los convenios entre universidades y países, las modificaciones en los planes de estudio y la revisión de los currículos tienen que ver con este mundo.

Es común a muchas universidades el que hay que plantear a la institución universitaria frente a la realidad concreta del mundo en el cual estamos viviendo y que está ya determinado por las relaciones internacionales y sometido a vaivenes y variables de diversa índole.

Otro aspecto de la revolución tecnológica es el progreso de la informática. Representa una etapa nueva en las condiciones de nuestra vida y sin duda alguna tendrá una repercusión notable en todos los niveles de nuestra existencia. Puede decirse, sin temor a equivocarse, que supera las revoluciones provocada por el invento de la imprenta, de la máquina de vapor, de la luz eléctrica, del teléfono, de la cinta magnética, de la televisión. No existe hoy ni un solo sector de nuestra sociedad que no se vea concernido, directa o indirectamente, por la revolución de los ordenadores.

El progreso tecnológico y científico, a lo largo de esta breve historia, ha venido afectando lógicamente las relaciones del hombre con su ambiente, con la cultura y con sus semejantes, a la vez que ha ocasionado replanteamientos y cambios en las relaciones con lo trascendente. Gente que piensa dentro de esta perspectiva es la que se mueve ordinariamente en nuestras universidades. Es posible preguntarse qué ámbitos de las universidades y de la universidad católica, cualquiera que ella sea, se siente permanentemente impactado por la presencia de la Iglesia, no solo a nivel de exhortaciones, sino al nivel de la competencia de moverse en un mundo de pares; en un mundo, como lo señalaremos después, en donde la Iglesia ya no es única oferta, sino una más que entra también, por decirlo así, al mundo de la competencia. Seguramente ya la Constitución nueva modificará notablemente y también en sus términos esta realidad.

La modernidad, a la cual despertamos, es en cierta manera una convocatoria. Nos sentimos ante una novedad, por la no influencia que tuvo el mundo de la Ilustración en América Latina. Empezamos a hablar ese lenguaje que asimilamos un poco tardíamente. Esta modernidad no solo modificó el entorno objetivo de la vida humana, sino que también ha transformado la conciencia subjetiva de los individuos.

La ciencia y la tecnología han provocado una transformación en dos niveles íntimamente relacionados entre sí y que pueden distinguirse analíticamente: el nivel externo de las instituciones y el nivel interno de la conciencia.

En el nivel externo podemos observar que la religión, en particular la cristiana, se ha visto históricamente obligada a tomar posición ante numerosas doctrinas y variados acontecimientos; frente al capitalismo y al socialismo, frente a las nuevas concepciones del Estado, a la laicización de la educación y las revoluciones políticas. En el nivel interno de la conciencia también se ha visto afectada por los retos que la modernidad le ha planteado. Esta genera una conciencia tecnológica, que en diversos niveles y de diferente manera desencadena nuevas actividades mentales, primero en los hombres de ciencia e intelectuales y luego en el hombre ordinario, afectando de manera profunda todos los ámbitos de la vida, desde el mundo de la política y la cultura hasta el más íntimo de la vida sexual

Podríamos decir que, cuando hacemos la crítica de lo que se llamó la modernidad, estamos asimilando la modernidad. Esta crítica actual de los criterios y valores que fundamentaron la modernidad se designa con una palabra que se ha hecho muy corriente: "post-modernidad".

Para muchos, hoy día queda lejos la confianza en la razón, la seguridad del hombre sobre la tierra, la esperanza de un futuro satisfactorio para todos. Es interesante observar encuestas y fijarse en un signo que es muy dicente, sobre todo en las universidades públicas que son los grafiti. Estos representan las inquietudes y los esquemas mentales de cada época y permiten ver los cambios que se dan en los universitarios. Existe un clima, en muchas partes de un cierto escepticismo y de disfrutar más bien el momento presente.

Aparece como tema reiterativo el sinsentido. En la época del existencialismo ya se había planteado este problema de la crisis de la modernidad de una manera un poco diferente y de forma insoslayable.

Nos encontramos cerca del comienzo del tercer milenio, ante la tarea de la nueva evangelización. Estamos ante el replanteamiento de todas las universidades del país de su razón de ser y de su presencia en la sociedad, destruyendo una serie de muros que se habían establecido entre las mismas. Actualmente se habla cada vez más de convenios entre universidades, de postgrados que se pueden hacer entre varias de ellas, de que las universidades, en el campo de las distintas disciplinas, salgan a la arena de la discusión y de la competencia; de que no nos quedamos en el círculo de los elogios, sino que el mundo de las ideas aparezca, y sea objeto de la competencia en el mundo de la cultura, de la ciencia, de la teología, de las distintas disciplinas.

Naturalmente este mundo de la universidad puede ser muy limitado dentro del gran conjunto del país, pero, al fin y al cabo, es el nuestro. No es el mundo cotidiano de la gente que va por la calle y que tiene sus inquietudes, a pesar de que esa gente ya ha venido interiorizando sutilmente estas maneras de pensar y estos valores.

Para algunos, estamos aún en la era de la modernidad y del triunfo del individuo burgués. Para otros, en un momento de nivelación de todas las tradiciones a la espera del retorno del individuo tradicional y comunitario, hoy reprimido. Otros piensan que estamos en una situación postmoderna en que se cierne sobre nosotros la muerte del individuo, como última secuela de la muerte de Dios.

Para la modernidad el presente es lo que siempre fue, la misma historia evolutiva del triunfo y la superioridad indiscutida de la ilustración occidental, científica, tecnológica, pluralista y democrática, que ha estado presente en las constituciones de muchos países. Para la antimodernidad, que se puede ver representada en ciertos sectores dentro de la misma Iglesia, el presente es una época de convulsiones, en que todas las tradiciones son destruidas por la fuerza inexorable de la misma modernidad. Para la postmodernidad, la modernidad y la tradición se revelan hoy, en la misma medida, con ejercicios engañosos que intentan fundamentar lo que no puede ser fundamentado, un cimiento seguro para todo conocimiento y toda vida. Es una tendencia que se observa en la mentalidad de la gente joven y de profesores. En otras palabras ya no existe una visión única que se imponga, que sea hegemónica; lo que se subraya es la alteridad, la diferencia y el pluralismo; ya no hay un centro, sino muchos. El pluralismo es una manera decorosa de admitir este hecho. Las elucubraciones metafísicas, teológicas y científicas, con sus grandes y ambiciosos paradigmas universales, han comenzado a caer en desuso. La palabra "postmodernidad" circula en estrecha relación con planteamientos y comportamientos muy diversos. Sirve tanto para legitimar las formas de vida de determinados grupos sociales que se impusieron a finales de los años 80, como para percibir como síntoma, la emergencia de unas transformaciones

sociales, que van dejando progresivamente obsoletos algunos paradigmas de la industrialización.

Hay una cierta pérdida del sentido lineal de la historia; cierto individualismo metodológico y axiológico. Se da afirmación del presente, que intenta dejar de lado un futuro lleno de riesgos, que ofrece posibilidades y amenazas. En las relaciones humanas el intercambio sustituye a la auténtica comunicación. Se presenta una reconocida incapacidad de encontrar un sentido a la vida; un instalarse ético en la provisionalidad y la relatividad que conlleva, como ya lo señalamos antes, la muerte de la utopía.

Esto lo hemos sentido mucho los que vivimos en la década de los años 70 después del Concilio, en concreto después de Medellín, después de una cantidad de cambios y transformaciones del mundo. Ha habido una mutación considerable de los valores en la sociedad colombiana, en la juventud, en las motivaciones de quienes ingresan a una universidad. Es innegable que en el contexto actual existe un cierto malestar e incluso un rechazo a las referencias ideológicas que marcaron la vida de la juventud en la década del 70.

La Perestroika, por ejemplo, significa un cambio enorme y produce escepticismo ante maneras de pensar, propias de un cierto socialismo. Pero corre el peligro de convertirse en la ideología de los burgueses.

El pensamiento de la post modernidad viene a ser como el reconocimiento de que la historia no tiene un único hilo conductor, de que el progreso se ha realizado destructivamente y como dominación y de que las grandes promesas de la modernidad, no solamente se han visto falseadas, sino que han legitimado la destrucción y el sufrimiento. De tal manera que se ha destruido todo aquello con una visión única y excluyente del progreso, que el miedo y la amenaza se han convertido en el horizonte real de nuestro tiempo.

La post modernidad es el reconocimiento de una nueva situación, caracterizada por la fragmentación, por la afirmación de la pluralidad de formas de vida y de maneras de narrarlas y explicarlas.

Hoy en día existe un interés por los mitos, como formas y expresiones de unas dimensiones del ser humano. En medios burgueses y de condiciones económicas buenas, se estila todo un universo de la fantasía, de lo imaginario, de religiones exóticas. No es por volver a los grandes hallazgos del mito como tal, sino como una de las formas de manifestar que todo es relativo.

El cristianismo es otra forma más de narrar la historia, que debe ganarse su puesto dentro del mercado de las ofertas. En el mundo de la postmodernidad se acepta el mundo en que se vive, sin falsas expectativas ni esperanzas de mejorarlo. El futuro ya no condiciona en cierto modo el presente y esos relatos, que explican la totalidad, han caído en desprestigio.

La razón ha entrado en crisis. En el mundo universitario se encuentra como común denominador, muy importante, el fenómeno de la secularización; un proceso de pérdida creciente de influencia sobre la vida social, por parte de las grandes religiones y de la Iglesia católica.

En el nivel institucional, la secularización ha producido un progresivo debilitamiento de los controles religiosos sobre diversos sectores de la vida social, separación de la Iglesia y Estado, emancipación de la actividad económica frente a las restricciones de la ética religiosa, enseñanza laica, matrimonio civil y divorcio, control natal y aborto.

La sociedad se racionaliza, busca liberarse de toda relación con el poder religioso y quiere ser pluralista. En otros países, distintos de Colombia, este fenómeno ha tenido lugar, hace ya muchos años. Entre nosotros es reciente, pero ha sido vertiginoso. No es posible observar que en la medida en que nuestras sociedades latinoamericanas se industrializan, se urbanizan y crecen económicamente, se secularizan con mayor rapidez.

En consecuencia, en el nivel de la conciencia, la secularización significa que cada vez es mayor el número de individuos, para quienes los símbolos y las afirmaciones de la religión ya no son evidentes o al menos ya no son tan indiscutibles y válidas como solían serlo. Se ha roto la uniformidad de las pautas de pensar y de actuar, que en otro tiempo controlaba la Iglesia. La pérdida del control de la enseñanza en las escuelas ha debilitado la capacidad de las iglesias para imponer su visión de la realidad sobre la conciencia.

De este modo se va perdiendo la homogeneidad cultural, configurada hasta ahora sustancialmente por la Iglesia. Es cierto que los ritos de iniciación católicos, que estructuran todavía la sociedad latinoamericana, perviven masivamente; pero lo es también que la Iglesia ya no posee hoy el monopolio de las visiones del mundo. Además, ya no funciona el mecanismo social que fundamentaba la "fe del carbonero", en referencia a la frase del catecismo: "Doctores tiene la Santa Madre Iglesia que saben responder".

La autoridad cultural de la Iglesia también sufre paulatinas erosiones. Este es uno de los problemas graves que nos planteamos, al hablar de las alternativas en una universidad católica frente a la cultura. Ahora bien, existen muchos documentos sobre lo que la Iglesia tiene que decirle y ofrecerle a la cultura. Pero se olvida todo lo que la cultura ofrece a la Iglesia; no nos sentimos necesitados de la presencia de la cultura en muchos campos. Por ejemplo, en este momento son muy pocos los grandes científicos, que están convencidos de una postura eminentemente cristiana en su enfoque; los grandes escritores latinoamericanos, así hablen de cosas que nos apasionen a nosotros actualmente, no lo hacen desde una perspectiva cristiana; en el campo de otras disciplinas tampoco es muy grande el número de católicos.

El catolicismo en nuestro mundo actual empieza a aparecer como una de las posibles opciones que se le ofrecen al hombre que desea poseer una visión religiosa del mundo y de

la vida. Aparecen otros caminos. En esa dirección, por ejemplo, las sectas en su desarrollo, en ciertos medios burgueses, muestran otra posible visión del mundo, que ya no es controlada por la universidad.

Con todo el abandono o distanciamiento de la Iglesia católica no significa necesariamente pérdida de la inquietud religiosa. Muchas personas siguen preocupadas por el problema del sentido, sólo que ya no lo encuentran exclusivamente dentro de la Iglesia católica. Numerosos individuos vuelven su mirada hacia movimientos esotéricos, hacia religiones o filosofías orientales, hacia las mismas sectas.

Por todo lo anterior podemos afirmar que, en cierto sentido, el contorno secular y plural de la sociedad ya no empuja a vivir espontáneamente la fe cristiana. Cada vez es más frecuente que quien quiera vivirla tenga que hacerlo por convicción y decisión propias, y que para mantenerse en ella busque, aunque no siempre la encuentre, una adecuada comunidad de talla humana donde pueda alimentar y celebrar la fe para dar, desde ella, testimonio de Cristo en el mundo.

Lo que está cambiando, entonces, en nuestro mundo, en América Latina y en nuestra sociedad, no son unos pocos detalles. Está modificándose rápidamente un conjunto de ideas, actitudes, vivencias y valores, pautas de pensar, de interpretar y de actuar que configuran toda la vida social de un pueblo. Los moldes socio-culturales de antaño han empezado a romperse para dar paso a otros, que son totalmente diferentes. No tiene consistencia la idea defendida por algunos de que la secularización y sus consecuencias es problema de los países ricos y protestantes y no de los países pobres y católicos. Como si los pobres, por el hecho de serlo, estuvieran inmunizados frente a ella y a todas sus implicaciones.

Otro de los grandes problemas, en el cual se mueve nuestra universidad y que tenemos que afrontar, es el impacto de la sociedad de consumo y los modelos frente a la profesión; los modelos capitalistas de una sociedad que se mueve enloquecida en la espiral de la producción y que sólo puede ofrecer el consumo como justificación.

El impacto del consumismo se siente, principalmente, en la publicidad y la propaganda, en los medios masivos de comunicación y en las facilidades económicas que el mercado presta a los usuarios, a través de los variados sistemas de crédito.

El consumismo, como mentalidad, entra de todas maneras, incide naturalmente en el mundo cultural y configura un determinado estilo de hombre, de vida y de relaciones sociales. Estimula el deseo de poseer y propone como objetivos de la vida el tener y la satisfacción de consumir.

Los valores que promueve la sociedad de consumo son el egocentrismo, la rentabilidad, la ganancia, la apariencia y éstos entran necesariamente en conflicto con los valores que

promueve el Evangelio. Si hablamos de la nueva evangelización, tenemos que hacer frente a todo esto, considerando, reflexionando, pensando, buscando salidas a los valores de solidaridad, austeridad, gratuidad, fidelidad, que no son los valores en los cuales estamos todos los días.

Aquí los medios de comunicación social representan actualmente un mundo que, en cierta manera, le hace competencia a la escuela y a la universidad en su sentido tradicional. Están en el centro de la más importante revolución contemporánea, porque por una parte ofrecen increíbles posibilidades para el desarrollo y el enriquecimiento cultural del hombre; pero, por otra, pueden ser un arma poderosa de manipulación del hombre. El campo de los diferentes medios, está presente en nuestras universidades. Hemos de preguntarnos por el impacto que ellos producen.

Todos estos mundos, que son objeto de disciplina en nuestras universidades, han contribuido poderosamente a modificar los principios, que regulan el comportamiento social y sexual del ser humano, han creado pautas culturales y han hecho surgir valores y contravalores que han producido un tremendo impacto en el hecho religioso.

En pocos años todo el sistema normativo que regulaba la conducta se ha venido transformando de manera espectacular. Para muchos la verdad les viene a través de la emisora de su preferencia o de la televisión, o del periódico o del video. Se va reduciendo la posibilidad de una visión crítica. Las personas no se "atreven a pensar". Aquí la Iglesia, y en ella la universidad católica tiene una tarea de suma importancia: plantear y defender el que la gente empiece a pensar.

4. Alternativas pastorales

El campo de los saberes y las profesiones constituye un ámbito muy amplio para la universidad católica. Los mecanismos y las posibilidades son múltiples.

Actualmente, se está proponiendo concretamente en la Universidad Nacional de Colombia (Bogotá) un proyecto de reforma académica. Dentro de los planes curriculares se ha planteado la necesidad de un núcleo básico que especifica la disciplina o la carrera respectiva. Al lado de éste habría unas asignaturas selectivas, que permitan una movilidad del estudiante para poder tomar una serie de materias que le ofrezcan disciplinas de distintas carreras de la universidad. Esto da lugar a un intercambio del estudiante con otros saberes y evita el quedarse mirando una sola perspectiva. Finalmente se ofrecerían, en un cierto porcentaje, cursos de contextualización. La inquietud de fondo es ofrecer a los estudiantes cursos de muy buena calidad sobre los grandes problemas que vive el mundo actual, y que permitan establecer un puente entre lo que está sucediendo en el mundo y los estudiantes en su carrera. No es posible dejar que los universitarios sean ajenos a lo que pasa en el resto del mundo.

En una perspectiva así, no sólo de enseñanza religiosa, un poco como superpuesta a las carreras, sino la confrontación de un problema en el ámbito de las disciplinas, tal vez sea posible mostrar la presencia de la fe cristiana en la universidad católica. Se impone una discusión entre los pares sobre los grandes problemas, para que la Iglesia entre y se mueva en el mundo de la cultura.

Existen espacios especialmente propicios que permiten abordar numerosos problemas en actitud de diálogo constructivo: el de la ética, el de la estética de la creación artística y el de las letras. Es preciso aprovechar el momento de cambios de nuestro país, de renovación de la enseñanza universitaria, de diálogos entre las universidades, más allá de las diferencias ideológicas y de los dogmatismos. Hay una tarea común que hemos de realizar; existen vasos comunicantes en ese sentido.

Con respecto al pluralismo, también se puede dialogar sobre problemas que afectan al país desde la perspectiva católica. Ciertamente es difícil llegar a un medio totalmente secular, con muchas de las categorías que manejamos. Se siente que no hay sintonía, por la diferencia de códigos, pero se intuye en el fondo que se están tocando problemas en el campo de la economía, de la política, de la sociedad, que tienen que ver con el análisis de nuestro país. Nos preparamos para celebrar quinientos años del descubrimiento. Por todas partes diferentes historiadores dan distintas opiniones sobre el acontecimiento. La Iglesia, y en ella los que forman parte de una universidad católica en sus distintas profesiones, tienen que ofrecer perspectivas para analizar sin tutelas, sino dejando el campo abierto a la investigación y afrontar los resultados de la misma, en muchos campos, con serenidad y con mucha audacia para seguir adelante.

En esta dirección la universidad católica, en un momento dado, puede desempeñar un papel muy significativo, porque va a llenar unos vacíos que no va a llenar ninguna otra institución. Va a plantear, en una perspectiva nueva, problemas que tocan al ser humano en determinadas dimensiones, que no lo cortan de la trascendencia: los problemas éticos, los que plantean la biología y la genética, los de la tenencia de la tierra, los del desarrollo económico, sociológicos y otros.

La universidad católica tiene que hacer efectiva su presencia en esos espacios claves, que se refieren a la existencia del ser humano y a ciertos valores que todo el mundo reconoce: los derechos humanos, la paz, la no-violencia, la justicia. Desde el punto de vista profesional debe lograr mostrar, al que ingresa en ella, que vale la pena la buena nueva del Evangelio y que una nueva evangelización contribuye a que la sociedad y el ser humano se transformen y se enriquezcan. Todo esto, respetando el pluralismo y la libre opción de cada persona.

No es fácil precisar tareas. Lo que sí se ve claro es que se dan muchas posibilidades y que del análisis de la situación se puede sacar una serie de conclusiones muy importantes para

que la universidad católica pueda contribuir a la Iglesia y a la sociedad en la tarea de la nueva evangelización, con otras perspectivas.